

El capitalismo, generador de la violencia Guerra o transformación estructural de los barrios y caseríos en El Salvador

Juan Hernández Pico, S.J.
Universidad Centroamericana
"José Simeón Cañas"

Resumen

Con este artículo intentamos un macro análisis cualitativo¹. Se trata además de un análisis socio-teológico. Planteamos que es necesario pensar bien el problema de la violencia juvenil en el Triángulo Norte Centroamericano. No como una guerra, sino como el enfrentamiento, en parte, de una reacción desesperada frente a las pésimas condiciones estructurales de vida en los barrios marginados y en los caseríos rurales. Proponemos la tesis de que el capitalismo salvaje propio de estos países es generador de violencia y que su núcleo fundamental está en el desprecio racista de los pobres. Se propone que sólo un plan a largo plazo para humanizar progresivamente esas condiciones estructurales de vida acabará fructificando en una pacificación de los grupos juveniles en esta región. Se concede que este plan a largo plazo debe ser complementado con un plan a corto plazo que contenga la violencia juvenil respetando a la vez los derechos humanos tanto de los jóvenes pandilleros en libertad como de los encarcelados y devolviendo así poco a poco la seguridad a estos países. Se analiza la importancia de esta región para los Estados Unidos.

Palabras claves:

capitalismo salvaje, violencia juvenil, seguridad, barrios marginales.

1 El día 20 de septiembre presentaron en la UCA Alexander Segovia y Leslie Quiñónez un estudio recién publicado por INCIDE, que contiene un análisis que combina lo cualitativo con lo cuantitativo. *El Salvador: Nuevo patrón de violencia, afectación territorial y respuesta de las comunidades (2010-2015)*, agosto 2016, 95 pp. Fue financiado por la Fundación Soros (Open Society Foundation).

“La reducción de la violencia y el crimen de las pandillas sólo se dará si se pone fin a la exclusión social que lleva a los jóvenes a integrarse a ellas. Esto, a su vez, requiere la reestructuración de la sociedad salvadoreña, incluidas sus relaciones de poder y sus desigualdades socioeconómicas.”

Sonja Wolf²

Enfoque del problema: violencia y seguridad a largo y a corto plazo

Para enfocar este problema escojo el caso de El Salvador, donde vivo y trabajo. Creo que este enfoque tiene también aplicación fundamental en Guatemala y Honduras, estando alertas a las diferencias. Una cosa, muy necesaria, es estudiar analíticamente la fenomenología de la violencia en el día tras día³, y otra, igualmente necesaria, es preguntar por sus causas estructurales. Unilateralizar la visión analítica de la violencia hoy puede llevar a proponer acciones, no sólo inmediatas, sino también inmediatistas y aun humanamente cuestionables, para reducir la angustia de la gente que sufre este horror diario. Es indudable la presión al Estado para privilegiar planes de seguridad de corto plazo. Por ejemplo, el 75,7 % de la población, encuestada en El Salvador por el Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) de la UCA entre fines de noviembre y comienzos de diciembre de 2015, opinaba que la delincuencia y la inseguridad y violencia que crea constituían el principal problema del país. En junio de 2017 otra encuesta nacional, también del IUDOP-UCA, resultaba así: los problemas que tienen que ver con la violencia eran calificados como los principales por un 58,6% (delincuencia e inseguridad 47,1%; violencia 8,1% y maras 3,4%), mientras

que los problemas que tienen que ver con la economía eran los principales para un 30,8% (economía 14,2%, desempleo 8,2%, pobreza 6,9% y alto costo de la vida 1,5%). Es decir, los encuestados que señalaban como más importante problemas relacionados con la violencia eran casi el doble de los que indicaban problemas relacionados con la economía.

Pero incluso usando los medios justos y eficaces para el descenso a corto plazo de la inseguridad causada por la violencia, creo urgente proponer que sólo la ejecución de un plan integral a largo plazo que enfoque las causas estructurales de la violencia podrá ir construyendo las bases para unos países progresivamente menos violentos o más pacíficos.

Naturalmente esto significa que aquí se trata de un macro análisis cualitativo y sobre todo de una propuesta política. Abordamos el tema, además, con algunas reflexiones socio-teológicas.

Es crucial pensar bien el fenómeno de la violencia: ¿Se trata de una guerra?

Pensar bien este terrible problema es equivalente a hacer más probable la superación de la violencia e ir adentrándonos en la senda para alcanzar la paz. Se puede pensar superficialmente la violencia en El Salvador, después de los acuerdos de paz, como una guerra entre los sucesivos gobiernos y las pandillas. O se puede pensar profundamente como el enfrentamiento de una desesperada y violenta reacción frente a la insoportable vida, sobre todo de los jóvenes, en los barrios marginados urbanos, tanto originalmente en los Estados

2 Sonja Wolf, *Mano Dura. The politics of gang control in El Salvador*, Austin: University of Texas Press, 2017.

3 José Miguel Cruz, María Antonieta Beltrán y Win Savenije, “Exclusión social, jóvenes y pandillas en Centroamérica”, *Temas de Actualidad*, no. 3 Fundaungo El Salvador, San Salvador, 2007. Melissa Salgado, “Factores clave para entender la violencia en El Salvador”, en *ECA, Estudios Centroamericanos*, 725, abril-junio 2011, pp. 243-253. Jeannette Aguilar, “Coyuntura actual de las pandillas”, en *ECA, Estudios Centroamericanos*, 731 octubre-diciembre 2012, pp. 481-487. José Salguero, “Vidas paralelas: barrios violentos y no violentos en el área metropolitana de San Salvador”, en *ECA, Estudios Centroamericanos*, 741, abril-junio 2015, pp. 171-199.

Unidos como hoy en los del Triángulo Norte centroamericano y en sus caseríos rurales.

Y se puede pensar este problema angustioso proponiendo que en el fondo de esta vida terrible está el capitalismo salvaje propio de nuestros países centroamericanos, con la excepción de Costa Rica, y sólo hasta cierto punto, puesto que hoy va encauzándose hacia este modelo. Se trata además de un capitalismo salvaje mamado en Los Ángeles, California, por los adolescentes emigrantes, no en último término a través de la transmisión de programas del cine violento y sexista por la televisión. El corazón de este capitalismo salvaje es la falta de sentido de común ciudadanía, que se enraíza en el desprecio que los ricos sienten por la gran mayoría de los pobres, y se refleja en una forma de imposición económica que empuja a las grandes mayorías pobres a vivir en una especie muy real de segregación en barrios y caseríos socialmente inhumanos. Recordemos el airado desprecio que expresan algunos ricos, por ejemplo en Guatemala, frente a indios educados: “Son unos ‘igualados’”.

¿A qué me refiero con la expresión “capitalismo salvaje”?

Ofrezco aquí dos respuestas, dadas por economistas latinoamericanos.

La primera es de Bernardo Kliksberg, afamado economista argentino, quien dijo en una conferencia organizada el 20 de septiembre de 2013 por la Federación de Cooperativas del Paraguay:

El capitalismo salvaje crea monopolios y controla el mercado, que operando a través de las multinacionales genera una enorme desigualdad social...El capitalismo salvaje pretende eliminar totalmente al Estado de su tarea de contralor, regulador, para adueñarse, a placer, del mercado... Esta práctica promovida

por economistas ortodoxos es la que está generando cada vez más pobreza en el mundo.

La segunda es de Mario Blacutt Mendoza, filósofo, novelista y economista boliviano:

Una clase nueva de economía de libre mercado nace alrededor del globo y sus consecuencias económicas y sociales podrían estar generando una serie de resultados negativos. Se advierte que el libre mercado ha ido creciendo hasta convertirse en un tobogán. Estamos viendo y veremos los aumentos masivos en la pobreza, en el crimen y en el desempleo, especialmente en el Tercer Mundo, que carece de los sistemas políticos y legales con que cuentan los estados avanzados. A esta economía descontrolada y con consecuencias extremadamente negativas para los países que no pueden oponérsele, se le llama capitalismo salvaje.⁴

El Papa San Juan Pablo II, en 1991, con ocasión del centenario de la primera carta encíclica sobre la cuestión social, escribió una nueva carta con el título de “Año Centenario” (*Centesimus annus*). En ella habla con fuerza de la persistente vigencia del “capitalismo primitivo”, y con esta denominación se refiere al hecho de que el capitalismo nació y se desarrolló sin ninguna consideración humana por los derechos de las personas que —hombres y mujeres— trabajaban en sus orígenes en las primeras fábricas y empresas de la industrialización. Muchas personas —escribe—

aun no estando marginadas del todo, viven en ambientes donde la lucha por lo necesario es absolutamente prioritaria y donde están vigentes todavía las reglas del *capitalismo primitivo*, junto con una despiadada situación que no tiene nada que envidiar a la de los momentos más oscuros de la primera fase de industrialización (CA 33, ambos énfasis son míos).

4 Para ambas citas ver en la sosteniblepedia “Capitalismo salvaje”, http://www.sosteniblepedia.org/index.php?title=Capitalismo_salvaje (consultado el 26 de enero 2017).

Ese “capitalismo primitivo” aún vigente es equivalente a lo que llamamos “capitalismo salvaje”. Cualquiera que se haya aventurado a leer las novelas del inglés Charles Dickens, lo conoce bien. En un epitafio de Dickens se lee que él fue “simpatizante del pobre, del miserable y del oprimido”. Lo trágico es que si Dickens escribiera hoy, seguiría contando la misma historia: la historia del destrozo de la niñez y la juventud a manos del capitalismo salvaje. No olvidemos el profético interrogante del obispo Pedro Casaldáliga: “¿Es que hay algún capitalismo que no sea salvaje?”

Un análisis peligroso: “Estamos viviendo la peor guerra de nuestra historia”

Pues bien, tengo la impresión de que cada vez más la violencia delincriminal, el intento de solucionarla y la inseguridad que se crea por ambos lados, está siendo pensada como una guerra, en lugar de pensarla en relación con la miseria creada por la forma como se impone en El Salvador el capitalismo salvaje. Douglas Farah publicó el 19 de enero de 2016 en edición digital de la revista *ForeignPolicy* (Política Exterior) un artículo titulado “Las Pandillas de Centroamérica se han desarrollado y son más peligrosas que nunca”. En Guatemala, *El Periódico* lo tradujo y lo publicó también en su edición dominical del 7 de febrero de 2016.

El autor cita a Dagoberto Gutiérrez, antiguo comandante del FMLN, hoy disidente de ese partido y profesor de derecho y teología en la Universidad Luterana de San Salvador: “Estamos viviendo la peor guerra de nuestra historia, pero nadie quiere reconocer que es una guerra.”

Pienso que probablemente Dagoberto no se equivoca, si es que el artículo lo cita correctamente. El Gobierno del Presidente Salvador Sánchez Cerén está dando a entender con su *práctica* que la manera más

eficaz de acabar con la violencia es combatir a las pandillas juveniles o maras como el FMLN combatió al Ejército de los ricos oligarcas. El Gobierno de Salvador Sánchez Cerén, el primer Gobierno plenamente del FMLN, que se juega el acierto de su actuación durante los cinco años que van de junio de 2014 a mayo de 2019, ha planteado un plan para enfrentar la violencia y alcanzar la seguridad. Se llama “El Salvador Seguro”. Pero según la encuesta del IUDOP ya citada, el 69,4% piensa que “El Salvador Seguro” reducirá en poco o nada la criminalidad. Además el 69,9% cree que la actuación del Consejo Nacional de Seguridad Ciudadana y Convivencia, el grupo convocado oficialmente para proponer medidas que enfrenten la violencia y favorezcan la seguridad, ha contribuido poco o nada a mejorar la seguridad del país. Finalmente, un 72,5% de las respuestas indican que el hecho de que la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia haya declarado grupos terroristas a las pandillas contribuirá poco o nada a reducir la delincuencia que estos grupos practican.

Es evidente el sesgo mayoritariamente pesimista de estas respuestas. No puede extrañar esto porque, con la excepción de los dos años de la tregua entre pandillas (2012/2013), los índices de homicidios han subido siempre. La tasa de 105 homicidios por cada 100 mil habitantes en el año 2015 convirtió a El Salvador en el país más violento del mundo entre aquellos que no están en guerra civil u ocupados por ejércitos extranjeros⁵. Además el conteo de homicidios no da cuenta cabal de la desesperación con que se vive también la extorsión, que afecta a la pequeña empresa, a la economía informal y a los hogares. En el mes de abril de 2015 vivimos la más numerosa marcha capitalina contra la violencia desde hace más de 25 años. Pero los fabricantes de esa violencia no se dieron por aludidos. El Gobierno del FMLN respondió al gran recrudecimiento de la violencia de las maras, y especialmente a

5 Parece que en 2016 la tasa de homicidios por cada 100 mil habitantes ha disminuido a 80,9.

los ataques de estas contra policías y soldados, con un despliegue de fuerza policial y militar que situaba *realmente* al país en estado de guerra.

Y es así como en la encuesta de fin del año 2016 de la UCA se percibe la respuesta de muchos ciudadanos, según comenta la directora del IUDOP Jeannette Aguilar:

“Una reciente encuesta cursada por la UCA evidencia el malestar y la insatisfacción de gran parte de la población con el rumbo que ha tomado el país durante la posguerra...

Si bien hay un reconocimiento que el deterioro exhibido en el posconflicto obedece a diversos factores, la mayoría lo atribuye al flagelo de la criminalidad y a la irrupción de la guerra que libran la policía y las pandillas. A juzgar por lo que expresan, muchos ciudadanos perciben que El Salvador vive un nuevo conflicto armado, igual o más deshumanizante que el de los ochenta. Y es que para una buena parte de la población la aspiración básica de vivir en paz ha sido negada en la ‘era de la paz’.”⁶

Por otro lado, cada vez hay más golpes contra las maras que hacen pensar en nuevos “escuadrones de la muerte” o grupos de exterminio cuyo origen no está claro, pero que es preciso que sea investigado por la Fiscalía General de la República. Recordemos que en ocho años de lo que el Presidente de México Felipe Calderón Hinojosa llamó “guerra contra las drogas”, los muertos fueron 80 mil, una cifra espantosa en sí misma y la Secretaría de la Defensa acepta que al menos 718 militares han muerto en este combate desde el año 2000.

¿O se trata de implementar una estrategia para conseguir el bienestar a cualquier precio, criminal ciertamente, pero forzada por la ceguera de las élites?

Ahora bien, pensar lo que está ocurriendo en El Salvador como una guerra puede corresponder desgraciadamente *de facto* a la situación de 2015-2016. Pero es importante preguntarse si esa manera de concebir la violencia desde la respuesta gubernamental a ella, llega a las raíces de la misma violencia. El Gobierno del Presidente Sánchez Cerén trabajó durante sus primeros siete meses un Plan quinquenal para el Buen Vivir. Un plan a la vez ambicioso en sus últimos objetivos y realista en sus metas posibles durante algo menos de un quinquenio. Pero la respuesta a la violencia ha absorbido muchas energías y de este plan gubernamental poco se oye hablar al ejecutivo en el día a día y, por consiguiente, el pueblo poco lo ha interiorizado. En sus contactos con el pueblo, el Presidente Sánchez Cerén sí habla él del Buen Vivir, pero poco de los medios concretos para alcanzarlo. Uno duda de si realmente la jefatura del gobierno se lo ha apropiado.

Propongo que concibamos la violencia de las pandillas como una estrategia criminal para conseguir a cualquier precio no el Buen Vivir, sino el bienestar que se reflejaba en la gran urbe californiana de Los Ángeles —sede de Hollywood- y que los televisores transmitían como resultado de las vidas y empresas violentas y sexistas de los mafiosos. Un bienestar que, cuando los primeros “homies” fueron deportados, hallaron negado, porque en este país y en todo el Triángulo Norte centroamericano heredamos una situación terriblemente insolidaria e injusta. No es esto una novedad para quien lea la Declaración de Independencia de Centroamérica, escrita por José Cecilio del Valle:

6 Ver Jeannette Aguilar, *Tropiezos de la paz*, en Noticias UCA, 27 de enero 2017.

Que siendo la independencia del Gobierno de España, la voluntad general del pueblo de Guatemala y sin perjuicio de lo que determine sobre ella el Congreso que debe formarse, el Sr. Jefe Público la mande publicar *para prevenir las consecuencias que serían terribles en el caso de que la proclamara de hecho el mismo pueblo* (énfasis nuestro).

Un amigo mío, que ha leído este artículo, afirma con claridad cuál es el fondo del problema: “La raíz real de las maras está en la ceguera económico-social de las élites, en su avidez por el dinero y su insensibilidad (para decirlo con palabras suaves) hacia los compatriotas pobres.” La Declaración de la Independencia en su artículo 1 testimonia la verdad de esta opinión.

Hace 84 años, en enero de 1932, la insoportable situación de los indígenas de occidente estalló en una rebelión que fue reprimida salvajemente por el Dictador Maximiliano Hernández Martínez. El historiador Thomas Anderson, en su libro “Matanza”, prueba que los alzados en rebelión fueron responsables por un total de 100 víctimas mientras que el ejército cobró al menos 10 mil víctimas de insurrectos y población indígena en general. Una proporción de 100 contra 1. Nunca ha dejado de haber violencia represiva en El Salvador a través de los gobiernos militares que se fueron sucediendo desde 1932 y que han protegido los intereses de las grandes familias ricas. No se pueden olvidar las graves palabras de Monseñor Romero en la homilía del domingo 23 de marzo de 1980, víspera de su asesinato: “Les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: icese la represión!”

Lo más importante para nuestra tesis es que tampoco se ha reducido la desigualdad económica. Varios firmantes de la paz en 1992 atestiguan hoy todavía el callejón sin salida que se vivió cuando Schafik Jorge Handal (1930-2006) intentó negociar con Armando Calderón Sol (1948-2017) términos novedosos para la economía en este país.

Calderón Sol se mostró intransigente. Lo que se negocia en los Acuerdos de Paz —dicen que afirmó— son los derechos políticos de la izquierda. Las preferencias económicas de esa misma izquierda tendrán que ser materia de la lucha electoral. Y es así como en este país, durante los 20 años de gobierno de ARENA (1989-2009), se han vivido acontecimientos como la compra, a precios ridículos, de los bancos nacionalizados durante la guerra para quitar una bandera al FMLN. Eso sí, con información privilegiada del Presidente Cristiani a los posibles compradores (incluido él mismo) sobre su valor real, de manera que su venta posterior a instituciones financieras extranjeras, ya a precios de mercado, ha sido el negocio —corrupto— del siglo. Se ha vivido también la dolarización, que ha permitido el rápido traslado de dólares privados a paraísos fiscales y ha impedido una política monetaria propia del Estado. Se ha vivido la privatización de las pensiones de los trabajadores. Se han mantenido salarios de hambre injustamente desiguales en los trabajos agrícolas, y aumentos salariales mezquinos y ridículos en términos del costo real de la canasta básica alimentaria. Y se sigue viviendo una situación fiscal que mantiene un reparto profundamente desigual de la riqueza e impide la justa contribución de quienes más ganan al fondo nacional, provocando así, en unión con el gasto poco austero, el endeudamiento siempre creciente del Estado que le impide responder a las necesidades estructurales del país.

Sólo las comunicaciones han mejorado, gracias a Fomilenio. El Ministro de Obras Públicas, Gerson Martínez, ha sido el mejor calificado por la opinión pública desde 2009 hasta hoy. Es cierto que el trabajo de este Ministerio ha incluido el arreglo de más del 60% de las infames “cárcavas”, formadas alrededor de casas de habitación en barrios ubicados peligrosamente en pendientes cerca de cauces o corrientes superficiales de agua que amenazan derrumbar las viviendas pobres en tiempo de lluvias. Las obras públicas más costosas, sin embargo, han favorecido al trans-

porte automovilístico en la Capital y de rebote al transporte público.

Estas realidades económico-financieras son las que mantienen al Estado en una incapacidad endémica para la obra pública que comience, como más adelante veremos, a transformar poco a poco la vida de la población hacia ese Buen Vivir, que sería el objetivo del Plan de Gobierno del FMLN.

Por otro lado, sin créditos soportables es imposible que ningún gobierno avance hacia el desarrollo público en estos países centroamericanos. En un artículo del 8 de agosto de este año, titulado “Tomar prestado e invertir”, el Premio Nobel de economía, Paul Krugman, afirma que tomar prestado e invertir públicamente es la única manera de hacer avanzar la economía de los Estados Unidos. Plantea que es preciso que el Estado invierta en energía verde solar y eólica, en limpieza de playas y costas, en rehabilitación de vías de comunicación y transporte públicos, desgastados por los años, etc. Y afirma que las tasas de interés son tan bajas para los préstamos a largo plazo y asegurados contra la inflación, que la inversión pública podría pagar por sí misma su costo. Concluye que tanto los resultados de la inversión como su precio barato a largo plazo terminarían por hacer bastante más rico a los Estados Unidos. Es posible que en nuestros países del Triángulo Norte centroamericano las tasas de interés por los préstamos necesarios para la inversión pública no fueran bajas como en el caso estadounidense. Pero también es posible que pudieran serlo si instituciones como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) -por no nombrar el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE)-, el Banco Mundial, fundado como Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF)- y el Fondo Monetario Internacional (FMI), además de la Organización Mundial del Comercio (OMC), funcionaran realmente para balancear las situaciones desiguales de los Estados y no

para mantenerlas en la desigualdad. Así pues, esta opinión de Krugman sobre los Estados Unidos obliga a pensar también aquí.

Las fuentes de la violencia y la lucha contra su erradicación

Desde 1992 la violencia tiene en El Salvador, a mi juicio, cuatro fuentes principales. *La primera*, el capitalismo que podríamos llamar delincuencial, es decir, el gran crimen organizado, principalmente el narcotráfico, que incluye otros tráfico prohibidos como el de armas, el de personas, el lavado de dinero, etc.

La segunda, el capitalismo también delincuencial de las pandillas en los barrios urbanos marginados o de clase media baja y los caseríos rurales, formadas inicialmente por la deportación de pandilleros emigrantes desde los Estados Unidos, en el contexto de la deportación masiva de pandilleros centroamericanos desde los Estados Unidos, principalmente desde Los Ángeles, ciudad donde se originan las pandillas Mara Salvatrucha 13 y Barrio 18⁷.

La tercera, una cultura de la violencia, proveniente de raíces patriarcales y del modelo histórico de la formación de la división entre ricos y pobres por medio de la conquista (encomiendas y repartición de indios), de donde deriva una parte importante de la violencia social e interpersonal que se genera en el ámbito intrafamiliar y comunitario. Esa cultura de la violencia, además super patriarcal y sexista, lleva más de un siglo penetrando en el corazón de la gente a través de los ojos que contemplan, primero en el cine y luego en la televisión y todos los medios en red, la heroificación de las personas y grupos violentos. Ronald Reagan, actor de segunda en películas del Oeste, ya presidente de los Estados Unidos, hizo mucho por esa elevación de la violencia a estilo de vida cuando reinventó a la Unión Soviética

7 Wim Savenije, *Maras y Barras. Pandillas y violencia juvenil en los barrios marginales de Centroamérica*, El Salvador: FLACSO, 2009, pp.101 ss.

como el “Imperio del Mal” en un tiempo en que Hollywood consagraba el heroísmo de la violencia en “La Guerra de las Galaxias”.

Pero existe *otra cuarta fuente* de violencia: el escudo inexpugnable que las clases dominantes empuñan para defenderse contra todo tipo de sistema de impuestos progresivos. Este escudo constituye en la práctica la negación de una común ciudadanía entre los pocos ricos, las escasas clases medias y las mayorías pobres. Y hoy ese escudo lo empuñan también los nuevos ricos que nacieron en ambientes socialmente revolucionarios o se hicieron tales en un momento de su vida. No olvidamos el carácter desgraciadamente muy atractivo y, sobre todo, profundamente contagioso del capitalismo salvaje, del capitalismo irresponsable, que tiene como “dios” el beneficio sin reparto social justo.

El capitalismo delincuencial, fundado en el gran crimen organizado que desconoce los marcos legales mundiales y estatales y por ello consigue beneficios inmensos, es difícil de erradicar e incluso de combatir. Pero no imposible, si la Fiscalía en cada gobierno hace su trabajo bien y si los gobiernos de cada Estado trabajan en alianza con la DEA, con los otros Estados centroamericanos y con México hacia el Norte y con Panamá y Colombia hacia el Sur, como lo requiere un sistema económico criminal global. Esto, naturalmente, en el supuesto de que estas instituciones no estén totalmente corruptas e implicadas en las ganancias provenientes del narcotráfico. Somos parte de un corredor que une a la mayor región productora mundial de cocaína —Colombia, Perú y Bolivia— con el mayor consumidor mundial de cocaína —los Estados Unidos. Y en todo este corredor, que incluye a México, cada vez hay más siembras de amapola (base de la heroína) y de marihuana. Los Estados Unidos luchan contra la invasión de la droga —cuando lo hacen— fuera de sus fronteras y no dentro, si se exceptúan las exigencias de extradición de los narcotraficantes para ser juzgados y sentenciados en sus tribunales y encarcelados allá. Pero poco

seriamente luchan hoy dentro de los mismos Estados Unidos contra los grandes empresarios de la distribución de la droga. Los Estados Unidos tampoco luchan dentro de su territorio seriamente contra los comerciantes de armas que abastecen al crimen organizado internacional. Con un documento de identificación, cualquiera puede comprar armas de guerra legalmente en los Estados Unidos y traspasarlas por las fronteras legal o ilegalmente. El Presidente Obama intentó convencer de que eso es dar vía libre a terroristas y asesinos perturbados mentales, pero no lo consiguió.

Propuesta política. Una respuesta estructural a largo plazo para la violencia de las pandillas: la transformación de las condiciones de vida

Al tratar el caso del capitalismo delincuencial de las pandillas, importa mucho considerar una hipótesis estratégica diferente, que salga de la trágica fascinación que produce su actividad criminal actual y se atreva a abordar a largo plazo las causas estructurales de esta violencia que ha encandilado a tantas y tantos jóvenes. Presento esta hipótesis como una propuesta política.

Mi propuesta es la siguiente: sólo la transformación de la muy baja calidad de la vida en los barrios urbanos y en los caseríos rurales centroamericanos contribuirá a largo plazo a pacificarlos a fondo. Esta sí es una urgencia nacional y regional donde más se juega una seguridad ciudadana que tiene sus fundamentos en la justicia hacia las millones de personas marginadas del Triángulo Norte centroamericano que habitan esos barrios y caseríos, de donde emigran a los Estados Unidos arriesgando su vida y su dignidad y de donde históricamente fueron deportados, una vez se hubieron contagiado de la violencia ambiente que les proporcionaba dinero fácil en cantidad, aunque peligroso. El peligro, sin embargo, añadía algo de heroicidad al “trabajo”.

El Estado es aquí el máximo responsable porque es milagroso proponerse la contribución voluntaria del capital privado. Sólo se puede lograr ese “milagro” con una auténtica y profunda reforma fiscal. Las fundaciones privadas hacen algo de caridad, pero sin entrar a fondo en soluciones estructurales que implican una fuerte conciencia de solidaridad. Lo dejó muy claro el anterior presidente de ANEP, Jorge Daboub, en su discurso durante el Encuentro Nacional de la Empresa Privada 2015: El Gobierno —dijo— presupuesta hoy 500 millones de dólares para la seguridad, el doble que al comienzo del milenio. Pero afirmó que ni con eso mejora la seguridad. Y añadió que la Empresa Privada gasta mil millones anuales para proteger sus barrios residenciales y sus empresas. Es decir mil millones para tal vez un 20% de los habitantes del país y quinientos para el 80% restante. Así es como valoraba Daboub, desde sus fortalezas urbanas y latifundistas amuralladas, la responsabilidad estatal frente a los barrios donde vive el 80% de los pobladores de nuestras grandes ciudades. Es de temer que la lentitud con que camina el proyecto de la reforma fiscal pueda tener como causa no sólo el disgusto ante él del capital salvaje tradicional, sino el del nuevo capital “revolucionario”.

La transformación de los barrios urbanos y de los caseríos rurales

Lo que la violencia destruye es la convivencia ciudadana, una común ciudadanía y el respeto por la dignidad humana que eso implica. Pero lo que engendra la violencia es la falta secular de instituciones de salud de calidad y confiables desde el comienzo de la vida; de hogares con techo digno, alimentos, agua y energía disponibles; de espacios auténticamente humanos y amplios para la recreación; de centros capaces y técnica y pedagógicamente al día en educación, que formen la base ciudadana y la capacidad para el trabajo de la niñez y de la juventud; de puestos de trabajo pagados humanamente y no explotadores de las fuerzas humanas; y de rescate de valores humanos que sustenten

estas transformaciones. Salud, techo con agua y energía; espacios de recreación; comida; educación; trabajo; y valores humanos, he ahí las verdaderas armas, es decir las *herramientas* de un trabajo *a largo plazo* contra la violencia. Todos los presupuestos de nuestros países deben ser evaluados para ver si realmente responden planificadamente a la progresiva edificación de estas dimensiones humanas sin las cuales no es posible una economía humana y la humanización de la niñez y la juventud.

Abramos los ojos a lo que significa vivir diariamente en una habitación de pocos metros cuadrados, con un techo bajo que vuelve el ambiente interno difícil de respirar y aumenta en varios grados la temperatura externa, mientras además están en duda los tres tiempos de comida, el agua y la energía en la casa y en el barrio o caserío. Eso condena a los niños a ser expulsados tempranamente a la calle. Y si además, esos barrios o caseríos carecen de canchas deportivas, de pequeños parques, y otros espacios de entretenimiento, las posibilidades de que se vuelvan nidos de violencia están dadas. Los ambientes humanamente degradados son uno de los factores que constituyen la principal causa estructural de la violencia. Sin invertir públicamente en humanizar esos barrios no se puede pensar en una lucha eficaz contra la violencia.

En el discurso que pronunció Francisco ante los presos en Ciudad Juárez destacan algunos de los otros factores estructurales que dan cuenta de la deshumanización de la vida de los pobres y de que la violencia aparezca como un recurso de alguna manera “ciudadano” que la sociedad de la desigualdad pretende quitar a una mayoría de la gente. Francisco habló del hambre, la sed, la vivienda inhumana, los espacios públicos de esparcimiento y recreación, y las cárceles deshumanizantes. Y habló también de los enfermos, es decir del inmenso problema de la salud, que ha hecho de los hospitales públicos, especialmente en Guatemala,

una guarida de gente corrupta que roba a los pobres los medicamentos necesarios, y negocia con las vacunas y los instrumentos médicos destinados a los enfermos pobres. La situación en el Hospital Rosales de la capital de El Salvador es también terriblemente inhumana, en este caso reconocida por la misma Ministra de Salud.

A propósito de la reinserción social de los presos habló también Francisco de otro de los pilares estructurales, la educación, cuyo deterioro es estructuralmente culpable por la huida de la juventud de los centros escolares o por el contagio de la violencia en su mismo ambiente. En nuestros tres países la educación pública carece del presupuesto para salarios dignos y preparación de maestros y maestras, para mantenimiento continuo de edificios escolares, para canchas de deportes, para tecnología moderna, y protección de la vida de los estudiantes. Ningún Estado que plantee un presupuesto de educación menor del 6 ó 7 % puede esperar una transformación real del potencial educativo nacional.

Cuando nos damos cuenta del tamaño enorme de la economía informal (en otras partes se le llama subterránea, principalmente porque el Ministerio de Hacienda no la considera como fiscalmente importante, puesto que pocas veces paga impuestos), nos enfrentamos con otro gravísimo problema: la falta de creación de trabajo formal, la falta de inversión suficiente de los capitalistas en nuestros países y el pago indigno del trabajo cuando lo contratan. Precisamente por ello Francisco destacó en su viaje a México la necesidad del trabajo, es decir de un empleo que permita humanizar la vida y pensar en un futuro mejor.

No son pocas las veces que, frente a los planteos de la Doctrina Social de la Iglesia, se sale a cuestionarla diciendo: ‘Estos pretenden que seamos organizaciones de beneficencia o que transformemos nuestras empresas en instituciones de filantropía’. La única pretensión que tiene la Doctrina Social de la Iglesia es velar por

la integridad de las personas y de las estructuras sociales... Todos tenemos que luchar para que el trabajo sea una instancia de humanización y de futuro; que sea un espacio para construir sociedad y ciudadanía... (Francisco, Discurso en Ciudad Juárez, Encuentro con el mundo del trabajo, 17/02/2016)

“Todos estamos en el mismo barco”. Es esta una metáfora adecuada para esa común ciudadanía que venimos echando en falta. Recordemos la valiosa intuición del jesuita Manolo Maquieira († 2006 a sus 60 años). Vivió en el barrio marginado “Puente de Belice”, en Guatemala, y se dio cuenta de que para tratar de impedir la incorporación de los niños en las maras, era necesario darles la posibilidad de una educación excelente. Comprendió pronto, una vez empezada su iniciativa escolar, que ésta se encaminaría al fracaso si los estudiantes no tuvieran a la vez un trabajo con el que llevar a sus hogares un ingreso que contribuyera a mejorar la vida e impidiera que las mujeres, jefas de hogares uniparentales, sacaran pronto a sus hijos de la escuela para ponerlos a trabajar. Consiguió la colaboración de algunos amigos empresarios que se declararon dispuestos a dar trabajo a medio tiempo a los estudiantes. Comprendió finalmente que la institución escolar debía ubicarse necesariamente lejos del alcance del barrio donde las maras eran el poder dominante. Así continúa hoy su proyecto. Es solo una iniciativa, pero probablemente ejemplar.

Reconstruir los valores humanos

Existe también una base importante de valores humanos que no pocas veces está históricamente minada en nuestros países. Nuestra sociedad actual es producto de la conquista, que incluyó una horrenda cadena de violaciones de mujeres amerindias y más tarde afroamericanas a través de la servidumbre o la esclavitud. Afirma el IUDOP: “la reproducción de esta violencia original en el primer espacio de socialización que es la familia, produce su fracaso como lugar de protección, supervisión y proveedor de

afecto. La mayoría de los agresores de niñas y niños, mujeres y ancianos, se encuentran en el núcleo familiar. Y esa violencia se reproduce en la comunidad, en la calle y en los demás ámbitos sociales, porque es muy probable que los agredidos se vuelvan agresores”.

Ataques así a los valores de la convivencia constituyen la dimensión moral de la cuestión de la violencia y su injusticia originaria. Se añade el desarraigo causado por las migraciones del interior rural a las zonas urbanas, que no es sólo desarraigo, sino también huida o escape de condiciones de vida rurales absolutamente inaguantables en las vecindades de los latifundios. El desarraigo produce al mismo tiempo hogares destrozados, normalmente sólo marentales, con una carga de trabajo brutal sobre los hombros de estas mujeres madres abandonadas. Todo ello causa un desgaste diario que pone los nervios de punta y hace que quede muy dañada la convivencia con los hijos en el hogar.

Cuando estos jóvenes se convierten en pandilleros y entran al círculo de la violencia creadora de cierta riqueza, la reacción ambiental en la sociedad es marcarlos con la señal del rechazo y de la condena. Y cuando se niegan las semillas de bondad de la gente no hay posibilidad de ningún despertar, de ningún cambio fundamental de actitud. Si sólo se espera maldad de un grupo de personas, se puede estar seguros de cosechar de ellos maldad.

El capitalismo delincencial que explota a sus propios empleados jóvenes

No estamos locos ni somos inconscientes, y no dejamos de comprender que estas pandillas juveniles están hoy dirigidas por personas ya no tan jóvenes o incluso maduras, que manejan el delito como una empresa y cada vez más invierten o fuerzan la aceptación de inversiones en fuentes de riqueza “respetables” que fundamentan y construyen un

poderoso capital delincencial. Según Carlos Martínez de *El Faro*, en un artículo del 11 de agosto de 2016, con estos “dirigentes” no se trata ya en la Mara Salvatrucha (MS-13) de jefes de *clicas* ni de *programas* (grupos de *clicas*); se trata de los que están en la cima y en la cárcel forman parte de la así llamada *ranfla*, de donde salen las órdenes o consignas a *clicas* y *programas*, y también de los que fuera de la cárcel trabajan en negocios independientes sin dejar de mantener una presión fortísima sobre los jóvenes peones ejecutores de las “menudencias” de su trabajo. Estos dirigentes de las empresas de capital delincencial pandillero defienden demasiados intereses como para ser susceptibles a cambios radicales de actitud. Aunque cristianamente nunca se puede desesperar de un cambio que transforme a alguno o algunos. Pero es a los jóvenes a quienes, *desde la niñez*, es preciso tratar de disuadir de enrolarse en esta iniciativa criminal.

Algunos piensan que no es posible la transformación —cristianamente se llama “conversión”- de miembros jóvenes de las maras. La forma como están enredados y enredadas por la “comunidad” marera hace ciertamente esa conversión muy difícil. Hablando en grandes números esta opinión es posiblemente atinada. Y sin embargo... Sin embargo, hay casos concretos, personales, donde ha sido eso posible, previa oferta de una salida digna y secreta. José Miguel Cruz piensa con toda claridad que los pandilleros “son completamente rehabilitable(s)...Pero para ello será necesario contar con los recursos necesarios, tienen que juntarse muchos esfuerzos coherentes que apoyen las líneas de rehabilitación. En resumidas cuentas: es posible pero no fácil.”⁸ Y el mismo doctor de la Universidad Internacional de Florida y ex director del IUDOP en la UCA, piensa que es preciso dialogar con las pandillas:

En cualquier plan que lleve como fin reducir el problema de inseguridad [en El Salvador se] tiene que tomar en cuenta la necesidad de

8 Entrevista al diario La Vanguardia, de Barcelona, el 17 de abril 2014.

al menos hablar con grupos criminales. Pero ese no debe ser el fin último. El objetivo final debe ser el mejoramiento de las condiciones que producen violencia en nuestro país. Eso implica mejorar las condiciones económicas que existen en el país y mucha gente tiene que participar en la solución de los problemas. Porque el problema de la seguridad no es sólo de la policía sino de todos los actores sociales.⁹

Conclusión: Los jóvenes mareros son victimarios y también víctimas, cuyas raíces se hunden en el capitalismo salvaje y legal delincuencia

La conclusión nos parece evidente. El fenómeno de la violencia que envenena a una parte de la juventud y ha hecho de un sector de ella pandilleros o mareros con un corazón duro y no pocas veces implacable, tiene raíces estructurales profundas en el capitalismo salvaje —que desde el punto de vista cristiano es profundamente inhumano, por extremadamente injusto, aunque sea no pocas veces legal- y en el capitalismo *legalmente delincuencia*, es decir en aquel capitalismo que reconoce formalmente el marco legal del Estado, un marco que, en términos de sus normas de salario, de condiciones de trabajo de ciertas maquilas, de estructuras fiscales, especialmente impositivas, de concesiones territoriales a empresas mineras, etc., etc., puede denominarse también delincuencia en cuanto violador de las convenciones universales de Derechos Humanos y de las normas elementales de justicia laboral. De ahí viene la estigmatización de los violentos como personas absolutamente irredentas, que hay que perseguir y destruir como ratas. Cuando la verdad es que son también víctimas¹⁰ del sistema capitalista salvaje.

El papel de los “ángeles” urbanos y rurales y el debilitamiento de las organizaciones populares

Se necesitan nuevos “Jonás” que se acerquen a los grupos dominantes y a los barrios y caseríos acosados por la violencia con un corazón compasivo y lúcida denuncia. De hecho, están ya presentes en los barrios y caseríos en forma de parroquias y escuelas católicas, dirigidas por sacerdotes seculares y por miembros de órdenes religiosas, franciscanos, hermanas de la Asunción, Clarisas, pasionistas, carmelitas, Hijas de la Caridad, redentoristas, jesuitas, y tantas otras congregaciones. No se puede ignorar asimismo el valiente y arriesgado trabajo de congregaciones evangélicas y/o pentecostales. Y sobre todo no se puede ignorar el trabajo de las familias marginadas en la brava y creativa cotidianidad de sus vidas. Por eso, la transformación de los barrios urbanos y los caseríos rurales es posible y absolutamente importante. Recordemos la utopía del Buen Vivir del Libro de Isaías: “Miren, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva; de lo pasado no quedará recuerdo...ya no habrá allí niños que mueran al nacer, ni adultos que no completen sus años, pues será joven el que muera a los cien años...Construirán casas y las habitarán..., plantarán viñas y comerán sus frutos, no construirán para que otro habite ni plantarán para que otro coma” (Is 65, 17.20-22).

El llamado Primer Mundo, sin embargo, está lleno de ambientes urbanos y rurales transformados y está también lleno de fuerzas capitalistas, especialmente financieras, que adoran al dios Dinero (Mt 6, 24-25) e imponen su dominio por encima de la felicidad humana. La presencia del Evangelio de Jesús entre los pobres es imprescindible. Así escribía Dorothy Day, dirigiéndose a una persona, crítica de su acogida de los pobres sin trabajo y posible bienhechora, refiriéndose

9 Entrevista dada en Washington, D.C. a El Salvador.com el 24 de mayo 2015.

10 Es importante leer con calma y reflexión la tesis de maestría en teología de Benjamin Jonathan Schwab, *Violencia, pandillas y redención*. Una reflexión desde la teología de la liberación, UCA, San Salvador, El Salvador, septiembre 2015.

a su presencia entre los pobres en 1935 y a su acogida en medio de la Gran Depresión, cuando ya se había construido el Empire State Building:

Le expliqué que no éramos una comunidad de santos, sino más bien un grupo de desarrapados que trataban de poner en práctica determinados principios, el más importante de los cuales era el análisis de la libertad humana y de sus implicaciones. Además, le decía que no podíamos poner en la calle a la gente por actuar de manera irracional o detestable. Intentábamos superar el odio con el amor, comprender las fuerzas que hacen que los seres humanos sean lo que son, conocer algo de sus antecedentes, para cambiarlos y, si era posible, transformarlos de leones en corderos. Era un ejercicio práctico de amor, una manera de aprender a amar, una manera de pagar el costo del amor¹¹.

También en los barrios y los caseríos transformados habrá que contar con el egoísmo cainita que nos acecha y que es capaz de matar. Y mantener, a la hora de recuperar los valores, la fuerza de Jesús de Nazaret presente en los Evangelios y alimentada por aquel mismo Espíritu Santo que lo consagró (Lc 4, 18) y cuya fuerza el mismo Jesús sentía salir de él (Mc 5, 30). La organización popular ha sido, en esta era de la modernidad y de su paroxismo posmoderno, un fruto del Espíritu.

Por desgracia, el derrumbe en El Salvador de la organización popular sana después de la guerra civil, de esa organización que era uno de los principales constitutivos de lo que Ignacio Ellacuría llamó “La Tercera Fuerza Social”¹², ha contribuido a la falta de cauces para la prevención de la violencia y para la lucha cultural contra ella, uno de cuyos aspectos es la lucha del espíritu cristiano contra el espíritu del dios Dinero. Un pueblo “fermentado” (Mt 13, 33) por núcleos de organización social, que ejerciten la libertad

con madurez, tanto frente a los grandes centros comerciales del consumismo capitalista como frente a los partidos políticos, puede encontrar con menos dificultad “el diálogo y los mecanismos alternativos necesarios de transformación de conflictos, sin los cuales —según afirma el IUDOP- no pueden desarrollarse a nivel humano cotidiano plataformas sostenibles para enfrentar el problema, ni en el ámbito de las políticas sociales ni desde las políticas de seguridad”. Pienso que sin una organización popular renovada —y fermentada humana y cristianamente- será muy difícil desterrar el miedo y recuperar el coraje de vivir en los barrios y en los caseríos, a pesar de que la situación imperante hace tan difícil la vida y, por consiguiente, también o más aún la organización. Y —repito- creo que hoy por hoy esa organización popular la promueven y muestran algunas de las parroquias cristianas más comprometidas con los barrios y los caseríos, así como algunas congregaciones evangélicas.

La necesidad de una gran inversión pública: valentía política y profecía crítica

No dejo de pensar, sin embargo, que sin un plan estructural e integral a largo plazo que enfoque todas estas situaciones socialmente inhumanas, no se podrán poner los fundamentos de una juventud sana que transforme los barrios y caseríos. Un plan así exige una enorme inversión pública, constante y duradera durante un plazo muy largo. Nuestros gobiernos no poseen esos fondos, porque los intereses de las clases dominantes han preferido siempre un Estado débil cuya única fuerza se concentre en una policía y un ejército capaz de defender su poder económico y financiero, y de aplastar, si acaso, las rebeliones de la desesperación, como en la brutal represión de 1932 o en la guerra de los 80, y porque los organismos internacionales de préstamo o subvención no contemplan el

11 Dorothy Day, *Panes y Peces*. Historia del Catholic Worker Movement, Santander: Sal Terrae, 2002, p. 61.

12 Ignacio Ellacuría, “La cuestión de las masas”, en *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989)*. Escritos Políticos II, San Salvador: UCA Editores, 2ª. Ed., 1993, pp. 777-798.

objetivo de humanizar las condiciones de vida de las clases pobres mayoritarias de nuestros países, sino pseudoteorías del “derrame” del crecimiento económico. La realidad es que ha fracasado la famosa teoría del desarrollo que en los años sesenta del siglo pasado sustentaron el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, la llamada teoría del “derrame” desde el crecimiento del desarrollo nacional hacia las masas trabajadoras urbanas y campesinas. Apenas transcurridos algunos meses como papa, Francisco afirmó claramente que

algunos todavía defienden las teorías del ‘derrame’, que suponen que todo crecimiento económico, favorecido por la libertad de mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social en el mundo. Esta opinión, que jamás ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del poder imperante (EG 54).

Además, en El Salvador hay muy poco crecimiento económico porque, gracias a la dolarización, los grandes beneficios de los capitalistas emigran a los paraísos fiscales. Muy pocos invierten en el país. Esta es una de las corporeizaciones de esa “economía de la exclusión y de la inequidad... esa economía que mata”, de la que también habló Francisco (EG 52).

El famoso filósofo Jürgen Habermas escribió un análisis muy interesante sobre por qué fracasó el Estado del Bienestar (1945-1979). Afirma que “las sociedades modernas disponen de tres recursos mediante los cuales satisfacen su necesidad de orientar el proceso: dinero, poder y solidaridad. El poder social de integración de la solidaridad tendría que poder afirmarse contra los ‘poderes’ de los otros dos recursos de dirección, el dinero y el poder administrativo.”¹³ Pero esto ha

sido cada vez menos posible desde que el poder del Estado ha apoyado cada vez más al dinero de los propietarios empresariales, olvidándose de su antigua meta histórica: la sociedad del trabajo que presuponía el pleno empleo. Sin el trabajo asegurado es cada vez menos posible el desarrollo del poder social de integración de la solidaridad, representado antes por la gran fuerza de los sindicatos. Naturalmente este análisis de Habermas tiene poca aplicación en nuestros países donde el Estado, a excepción de la Costa Rica del primer Figueres, nunca ha sido Estado del Bienestar porque siempre ha sido dominado por el poder del dinero que, además, por sí mismo o por testaferros, se ha impuesto en el poder administrativo de nuestros países. Es preciso, pues, reivindicar un Estado fuerte financieramente, pero políticamente independiente del poder del dinero, y eso —repetámoslo— sólo se puede lograr en parte a través de una reforma fiscal radical, donde se paguen impuestos correspondientes a las elevadas ganancias de las minorías ricas. La otra parte, evidentemente, corresponde a un gasto social controlado en honradez y austeridad proporcional.

Es necesario además emplazar con valentía política a las instituciones internacionales para que se encarguen ética y, por tanto, solidariamente, de cofinanciar en condiciones justas los planes para humanizar las condiciones de vida en nuestros países. La fuente de los recursos no deben ser solo las instituciones internacionales. El gobierno de los Estados Unidos debe estar dispuesto a cooperar financieramente de una manera eficaz con este plan a largo plazo, puesto que de una actuación eficaz en el corredor centroamericano depende en gran manera el fortalecimiento de la seguridad de ese país. Y además, y para nosotros principalmente, porque está en deuda con estos pueblos ya que en su hora apoyó a poderes económicos sin escrúpulos y a ejércitos brutales que sembraron de víctimas

13 Jürgen Habermas, “La crisis del Estado del Bienestar y el agotamiento de las energías utópicas”, en *Ensayos Políticos*, Barcelona: Península, 1988, pp.113-134. Ver también, del mismo Habermas: *Problemas de legitimación del capitalismo tardío*, Buenos Aires: Amorrortu, 1975.

inocentes a estos países. No son nuestros pueblos los que, al estilo de la escandalosamente ridícula propuesta de Trump, han de construir los muros que impidan su migración a los Estados Unidos, sino los Estados Unidos quienes deben compensar a nuestros pueblos por su contribución a crear por medio de su ayuda militar las tragedias que se han vivido.

El corazón del capitalismo salvaje es un desprecio racista por los pobres

Es muy probable que estas últimas propuestas parezcan el resultado de una imaginación calenturienta y de una mente soñadora. Es cierto. Necesitamos uno, dos o tres profetas que se atrevan a levantar la voz, por mucho que los llamen soñadores. Y su grito debe denunciar que en el fondo de la situación actual, aquí en los países del Triángulo Norte, hay una despreocupación total por la situación de los barrios marginados. Ahí viven los pobres y hoy, además, no pocos de los violentos. El grito profético debe denunciar también que en el corazón de quienes no están dispuestos a pagar los elevados impuestos que se necesitan para costear la transformación de los barrios urbanos y de los caseríos rurales hay un desprecio profundo por los que viven heridos y acosados por la pobreza. *El corazón del capitalismo salvaje es el desprecio racista de los pobres*, presente en el lenguaje de los ricos: “¿Acaso lo que pretenden es ‘igualarse’?”, “¿Para qué tantas escuelas y casas en los barrios si siempre vivieron así?” Un desprecio, lleno además de temor por el posible actuar de los pobres, como lo muestra el trozo que he citado del Acta de la Independencia de Centroamérica. Nadie que valora a un ser humano le ofrece por el durísimo trabajo de cortar caña un salario de 100 dólares al mes. Nadie que valora a un ser humano le ofrece ser colono en una finca con su familia y vivir en una champa sin posibilidades de privacidad. Nadie que se llame

cristiano, lo es, si no cumple con el segundo mandamiento —amar al prójimo— “que es semejante al primero” —amar a Dios— (Mt 22,39). Es el valor de las personas humanas el que hay que levantar a golpe de profecía y de proyectos posibles con generosidad, para que la dignidad humana sea el fundamento sobre el que pueda ser posible la construcción de la paz. La era de la lucha por la justicia social, empapada, para nosotros, por la lucha por la fe, aún no ha pasado. Es más urgente y necesaria que nunca.

Mucho más soñador todavía parecerá pedir que el gobierno de los Estados Unidos ayude seriamente a financiar esta transformación de los barrios urbanos y los caseríos rurales de nuestros países centroamericanos. También ahí necesitamos coraje, valentía. Y primero, valentía política. Sobre la gente con vocación y oficio políticos pesa el deber de reclamar a los Estados Unidos una ayuda seria, una especie de Plan Marshall como el que ofrecieron para la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Claro que habrá que ir dosificando ese aporte para que vayan preparándose mejor quienes puedan ejecutar el plan regional, nacional y localmente. Esta valentía política debe ser también profética o, mínimamente, audaz. Los Estados Unidos no son inocentes de la pobreza vivida y de la sangre vertida en Centroamérica. Recordemos la carta de Monseñor Romero al Presidente Jimmy Carter pidiéndole que dejara de apoyar al ejército salvadoreño¹⁴. No es con limosnas -759 millones en un año para tres países a cambio de que los gobiernos obstaculicen la migración y sobre todo se forme una frontera sureñomexicana-centroamericana, inexpugnable en Guatemala, con grave peligro de mayor violencia-, sino con una gran inversión solidaria como se podrán poner los cimientos de la transformación que erradique a largo plazo la dureza de la vida en nuestras tierras y lo que de desarraigo forzado y hasta

14 Mons. Óscar Arnulfo Romero, “Carta al Presidente Carter”, en Cavada Díez, Miguel (ed.), *Homilias Tomo VI*, domingo 17 febrero 1980, pp. 293-294, San Salvador: UCA Editores, 2009.

de espejismo puede tener la emigración. Competencia en la administración, genio para proyectar una vida mejor y una convincente lucha contra la corrupción, habrá de ser la contraparte que aseguren los gobernantes y líderes políticos de nuestros países. Si sólo eso se fuera consiguiendo poco a poco, ni siquiera necesitaríamos un aporte financiero del exterior. Eso, además, es absolutamente indispensable mientras no podamos tener un planeta con libertad de movimientos entre tierras y culturas diferentes.

Podríamos soñar también que la Empresa Privada se propusiera un programa solidario de contribución con sus excedentes, es decir con las ganancias anuales durante varios años, por ejemplo, para invertir en la transformación de los barrios y caseríos rurales. Eso sería una hora de extrema lucidez, cuando dejara penetrar hasta su conciencia el contrasentido de que sea el Gobierno de los Estados Unidos el primero que pretenda asignar en su presupuesto nacional la pequeña e insuficiente cantidad de 750 millones de dólares anuales para ayudar al Triángulo Norte de Centroamérica, mientras quienes ingresan aquí ganancias enormes anualmente rechazan entregar una parte considerable de esas ganancias o ser gravados por un aumento del impuesto sobre rentas y ganancias de su productividad y producción capaz de dar un empujón importante a la transformación de los barrios y los caseríos en El Salvador. Siendo además la realidad negada, que esa riqueza no se produciría sin el trabajo de obreros y jornaleros. Y si no fueran capaces de invertir así, que acepten al menos una subida de salarios verdaderamente humana, para pagar con justicia el trabajo de sus obreros de la ciudad y de sus jornaleros del campo o de sus colonos cuando aún los haya en las fincas latifundistas.

Leyendo al papa Francisco hemos aportado los fundamentos cristianos de esta propuesta. Pero importa mucho recordar las

sabias palabras de uno de los más famosos teóricos fundadores del capitalismo, entonces llamado liberalismo, Adam Smith, que era, a la vez que economista, un gran filósofo moral: “Ninguna sociedad puede prosperar y ser feliz si la mayoría de sus miembros son pobres y desdichados.”¹⁵ Hoy vivimos en una sociedad global y estas palabras deben aplicarse no sólo dentro de los países sino como sabiduría que gobierne las relaciones entre los países. Es evidente que eso supone transformar el uso de los recursos a escala mundial y hacerlo solidariamente desde la ONU, cuya autoridad debería ser mucho mayor y no estar trabada por los vetos de los cinco grandes poderes nacionales.

El principal programa humano y el principal recurso ha de venir de la fuerza de los de abajo

De todas maneras, nada será posible sin la acción de los habitantes de los barrios urbanos marginales y de los caseríos rurales. De ellos, desde abajo, ha de venir la palanca mayor que ayude a levantar el peso de la injusta miseria. Hace 42 años los delegados a la Congregación General 32 de los jesuitas definieron “la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige” como misión actual de la Compañía de Jesús (Decreto 2). Y escribieron este texto con el que ponían su confianza en las posibilidades de esta lucha en las mismas personas y grupos oprimidos:

Caminando paciente y humildemente con los pobres aprenderemos en qué podemos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos. Sin este paciente hacer camino con ellos, la acción por los pobres y los oprimidos estaría en contradicción con nuestras intenciones y les impediría hacerse escuchar en sus aspiraciones y darse ellos a sí mismos los instrumentos para tomar efectivamente a su cargo su destino personal y colectivo. Mediante un servicio humilde tendremos la oportunidad de llevarles a descubrir, en el corazón de sus

15 Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, San José: Universidad Autónoma de Centroamérica, 1986, p.94.

dificultades y de sus luchas, a Jesucristo viviente y operante por la potencia de su Espíritu. Podremos así hablarles de Dios Nuestro Padre, que se reconcilia la Humanidad, estableciéndola en la comunión de una fraternidad verdadera (Decreto 4, 50).

Nada de lo que venga de fuera podrá ayudar a cambiar la situación estructural de barrios urbanos marginales y caseríos rurales centroamericanos sin que surja en ellos el movimiento que no sólo reclame justicia y buen vivir sino que proponga las herramientas para construir a largo plazo el edificio fundamentado en ellas. Hay una cierta contradicción entre “construir un edificio” y hacerlo “a largo plazo”. Pero la metáfora ayuda a no minusvalorar la gran dificultad de esa construcción que ocupará la vida de mucha gente.

Un plan de seguridad complementario a corto plazo y los medios justos para cumplirlo

Este planteamiento a largo plazo no es toda la solución al problema de la violencia. Es evidente que el Estado tiene el deber de encontrar también soluciones a corto y mediano plazo, porque es mucho el sufrimiento de una parte importante de la población, la mayoría también pobre. El Estado no puede asistir con indiferencia o con ineficacia e ineficiencia a los problemas de despojo de los bienes y de la vida de una parte mayoritaria de los ciudadanos. Es preciso, pues, enfrentar la violencia con un plan a corto plazo. Ir poniendo un alto a la violencia delincuencia es un deber impostergable del Estado. Pero esto no podrá lograrse *humanamente* si el poder del Estado se comprende a sí mismo como un enemigo en guerra con los delincuentes juveniles transformados en enemigo.

El problema, entonces, son los medios y los instrumentos para ir produciendo seguridad. Es preciso depurar las instituciones de seguridad del Estado, incluidos la Fiscalía o Ministerio Público y todo el sistema judicial, para impedir hasta donde sea posible la complicidad de algunos de sus miembros en los negocios de los delincuentes. Es preciso, además, un compromiso insobornable de las fuerzas de seguridad con las exigencias de los derechos humanos. Como ha investigado Héctor Silva Ávalos en su libro “Infiltrados”, la depuración de la PNC está aún pendiente. No se puede luchar contra el crimen con medios criminales. No se pueden fomentar ni aceptar escuadrones de la muerte o grupos de exterminio de delincuentes. El Estado no puede considerar contener a los violentos con sus mismos estándares de violencia, a riesgo de corromperse inevitable y profundamente. Pudiera ser que tenga que actuar incluso contra las expectativas de alguna parte de la ciudadanía que desea ver que los cuerpos de seguridad usen contra los violentos las mismas armas y los mismos códigos que ellos usan. Si el Estado acepta las mismas reglas criminales y entra en este juego perverso, echa por la borda la justificación y la autoridad de sus operaciones y de los planes que las sustentan.

Piensa a este respecto José Miguel Cruz:

El problema de grupos de exterminio siempre ha estado en el país, en el pasado y están presentes ahora. Muchas veces por la presencia de estos grupos es imposible articular planes que sean conducentes a un Estado de Derecho. No se puede hablar de Estado de Derecho cuando hay grupos de exterminio que son protegidos por algunos funcionarios e instituciones.¹⁶

Es preciso, en cambio, enfrentar con seriedad el problema de las cárceles. Son

16 Entrevista dada en Washington, D.C. a El Salvador.com el 24 de mayo de 2015.

17 Ver, por ejemplo: Jeannette Aguilar, coordinadora y editora; Laura Andrade y Adilio Carrillo, investigadores, *El sistema penitenciario salvadoreño y sus prisiones*, San Salvador: IUDOP, UCA, 2015.

gravemente inhumanas las condiciones de hacinamiento de muchos penales en nuestros tres países¹⁷. No se han visto en Guatemala y El Salvador los escandalosos sucesos criminales de los incendios mortales que han destruido instalaciones penales y multitud de vidas de presos en Honduras. Pero las ejecuciones grupales y personales que han ocurrido en penales de Guatemala y El Salvador son también absolutamente intolerables. Y es preciso insistir en que el hacinamiento en los penales es un crimen de inhumanidad que se comete en los tres países. Los datos que el IUDOP aporta indican que en El Salvador, por cada 100 espacios existentes en las cárceles, el sistema ingresa 350 personas. Números equivalentes existen en Honduras y Guatemala. Produce un humanísimo rechazo escuchar al actual ministro de Justicia y Seguridad de El Salvador explicar las condiciones brutales que tendrán las celdas que se construyen para los violentos apresados: “¡No tendrán aire!” aseguró repetidas veces en la TV, y “sólo tendrán una alta y pequeña ventana blindada de luz”.

En definitiva sólo con fuerzas de seguridad fundamentalmente honestas y comprometidas con los valores constitucionales de respeto por la dignidad humana es posible ir ofreciendo a personas convictas el estándar de respeto y humanismo que justifica los planes de seguridad. Y sólo con fuerzas de seguridad paulatinamente mejor preparadas y pagadas será posible asegurar una disciplina eficaz y al mismo tiempo respetuosa de la humanidad de las personas presas. La población de los barrios y caseríos marginados ha de poder ver en las fuerzas de seguridad y en su trabajo para contener la violencia criminal un grupo eminentemente humano y un comportamiento que permita el respeto mutuo.

La actual estrategia de enfrentamiento de la violencia de parte de las fuerzas de seguridad necesita empezar a recorrer un camino históricamente novedoso donde la contención de la violencia no sea sinónimo del quebrantamiento de los derechos humanos de la gente

que vive en los barrios y caseríos acosados por la violencia, y de los mismos delincuentes encarcelados que hacen de la violencia su profesión lucrativa.

La violencia sólo puede ser enfrentada con probabilidades de éxito combinando un costoso plan a largo plazo de mejoramiento de las condiciones de vida de la mayoría de la población con un plan eficaz de corto plazo que amortigüe la condición violenta que se ha afincado entre nosotros, recupere poco a poco territorios, y vaya asegurando, con honestidad y respeto por los principios y valores constitucionales y humanistas, el retroceso de esa plaga que nos afecta y nos condena a una vida asediada por el terror y dominada por el llanto de las familias de las víctimas. Y esto necesita servidores públicos capaces y humanistas, y profetas del respeto, del llamado a la conciencia y del consuelo, amigos de la gente de los barrios y caseríos a pesar de la denuncia de la violencia, y exigentemente honestos. No puede descartarse la herramienta del diálogo para llegar al planteamiento de soluciones plenamente humanas en la situación de violencia que nos aqueja.

Somos conscientes de lo difícil de todo este planteamiento. Creemos, sin embargo, que si los gobiernos de nuestros Estados se lanzaran de verdad a pensarlo, proponerlo y empezar a ejecutarlo, conseguirían no sólo la aprobación, sino además la colaboración de gran parte de la ciudadanía y no dudamos de que la Iglesia Católica y no pocas de las demás Iglesias cristianas, y otras religiones, desarrollarían esfuerzos para apoyar con su presencia profética y amistosa esta noble y digna iniciativa. Si el gobierno de estos Estados se empeña en no reconocer eficazmente las raíces estructurales de la violencia y no se embarca en serio en este tipo de planteamiento, esas mismas instancias religiosas deberían denunciarlo con la fuerza del Evangelio, de la racionalidad a la que todas las personas tenemos acceso, y de su propia presencia amistosa, eficazmente creativa y profética en medio de la juventud de los barrios y caseríos.

Bibliografía

- Aguilar, Jeannette, "Coyuntura actual de las pandillas", *ECA*, Estudios Centroamericanos, 731 octubre-diciembre 2012, pp. 481-487.
- Aguilar, Jeannette (coordinadora y editora), Laura Andrade y Adilio Carrillo (investigadores), *El sistema penitenciario salvadoreño y sus prisiones*, IUDOP, UCA, 2015.
- Aguilar, Jeannette, "La políticas de seguridad y su impacto en la criminalidad de El Salvador", *ECA*, Estudios Centroamericanos, 735, octubre-diciembre 2013, pp. 461-468.
- Cruz, José Miguel, María Antonieta Beltrán y Win Savenije, "Exclusión social, jóvenes y pandillas en Centroamérica", *Temas de Actualidad*, no. 3 Fundaungo El Salvador, San Salvador, 2007.
- Cruz, José Miguel, "Government Responses and the Dark Side of Gang Suppression in Central America", en Brunneau, Thomas, Lucía Damert y Elizabeth Skinner, *Maras, Gang Violence and Security in Central America*, Austin, University of Texas Press, 2011.
- Day, Dorothy, *Panes y Peces*. Historia del CatholicWorkerMovement, Santander, Sal Terrae, 2002.
- Ellacuría, Ignacio, "La cuestión de las masas", en *Veinte años de historia en El Salvador(1969-1989)*. *Escritos Políticos II*, San Salvador, UCA Editores, 1993.
- Farah, Douglas, "Las pandillas de Centroamérica se han desarrollado y son más peligrosas que nunca", *Foreign Policy*, 19 de enero de 2016, traducido y publicado en *El Periódico* de Guatemala en su edición dominical del 7 de febrero de 2016, pp.18-19.
- Ferrufino, Carlos E., "Violencia, desarrollo urbano y espacio público: algunas puntualizaciones y oportunidades en el área metropolitana de San Salvador", *ECA*, Estudios Centroamericanos, 730, Julio-septiembre 2012.
- Francisco I, *Evangelii gaudium*, Editorial y Librería Kyrios, Guatemala, 2013.
- Habermas, Jürgen, *Ensayos políticos*, Barcelona, Península, 1988.
- Juan XXIII, *Pacem in Terris*, 11-IV-1963, Acta Apostolicae Sedis (AAS), Vol. 55, 1963, pp. 254-304.
- Juan Pablo II, *Centessimus annus*, 1-V-1991, AAS 83, pp. 793-867.
- Romero, Mons. Óscar Arnulfo, "Carta al Presidente Carter", en Cavada Díez, Miguel (editor), *Homilias*. Tomo VI, UCA Editores, San Salvador, 2009.
- Schwab, Benjamin Jonathan, *Violencia, pandillas y redención*. Una reflexión desde la teología de la liberación, UCA, San Salvador, 2015.
- Smith, Adam, *La riqueza de las naciones*, San José: Universidad Autónoma de Centroamérica, 1986.